

El sermón del fuego

A*

Jamie Quatro

El sermón del fuego

Traducción de Regina López Muñoz

Primera edición, 2019
Título original: *Fire Sermon*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza entre los personajes y personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Copyright © 2018 by Jamie Quatro

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2019
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Eduardo Torres
Fotografía de la autora: © Stephen Alvarez

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-72-0
Depósito legal: B. 30.120-2018
Impreso por Reinbook, serveis gràfics, S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*En memoria de mi abuela,
Naomi V. Utz*

Bhikkhus, todo está ardiendo.
¿Y qué es ese todo que está ardiendo?

Buda, *El sermón del fuego*

A Cartago llegué entonces

Ardiendo ardiendo ardiendo ardiendo
Oh Señor Tú me arrancas
Oh Señor Tú arrancas

ardiendo

T. S. Eliot, *La tierra baldía*

Uno

¿Volvemos andando?, preguntó James en la puerta del cine.

Chicago, abril de 2017. El aire fresco, el cielo despejado tras una tarde lluviosa. Nos habíamos salido de la película, una comedia mal escrita y peor interpretada, media hora después de que empezara. Ahora las aceras estaban desiertas. Unas lucecitas enhebradas entre las farolas de gas y los escaparates creaban un dosel reluciente por encima de nuestras cabezas. *Precioso*, había dicho él a nuestra llegada, poco antes, a esta zona de la ciudad que ninguno de los dos conocía. Yo todavía llevaba la ropa de la mañana: suéter blanco, falda lápiz, botines de ante con cremallera y tacón.

Voy a pedir un taxi, dije. Tu hotel me queda de camino.

Circulamos en silencio; en los semáforos, el asfalto húmedo emitía un brillo rojo y verde. Cuando nos detuvimos delante de su hotel, James se volvió para mirarme, colocándose bien las gafas. Bueno, dijo. Mándame un mensaje cuando llegues. Se inclinó y rozó mi mejilla con

sus labios, pero cuando el botones abrió la portezuela no se bajó. Se quedó quieto, mirando al frente, frotándose el muslo con una mano, arriba y abajo, arriba y abajo.

Cuarenta y cinco los dos, nacidos el mismo año, con cuatro meses de diferencia; casados con nuestros respectivos cónyuges desde hacía veintitrés. Dos similitudes dentro de lo que había llegado a parecernos, a lo largo de los tres años que hacía que nos conociáramos, una acumulación cósmicamente predestinada: ambos nacidos y criados en el desértico suroeste, alérgicos a los frutos secos, estudiosos de la mística cristiana, la teoría cuántica y *Moby Dick*. Hijos del mismo género y edad —niña primero, niño después— y sendas abuelas de noventa y seis años que vivían aún con cierta autonomía. Al final fue este último hecho lo que me llevó a la perdición, la longevidad de nuestros respectivos genes.

La forma segura de enamorarte de alguien que no es tu pareja: imaginar la vida que llevaríais después de que vuestras respectivas parejas hayan muerto.

(Lo que quiero decir, cariño mío, es: cuando hice el amor contigo aquella noche, hice el amor con el glorioso anciano que sabía que serías.)

¿Traen alguna maleta?, dijo por fin el botones.

¿Estás en el Hyatt?, me preguntó James.

Sí.

Llévenos al Hyatt, pidió al conductor, y cerró la puerta del coche.

Pero esta historia empieza donde otras acaban: un chico y una chica enamorados, una boda, un fueron felices y comieron perdices.

Malibú, junio. Una novia y cuatro invitados en un acantilado herboso dominando el Pacífico. El cielo matinal está cubierto, típico de la costa, la luz tamizada ideal para las fotos. El vestido de la novia es de seda pura color marfil antiguo y al recortarse contra el océano pizarroso parece iluminado desde atrás. Escote corazón, manga casquillo, falda larga con cola que luego quedará recogida con un polisón. La novia acuna el ramo como si fuera un recién nacido, seis docenas de rosas en diversas fases de floración, rosa claro. Los padrinos, compañeros de fraternidad, ya han sido fotografiados. Esperan dentro de la capilla, donde en media hora empezará la ceremonia. Lucen esmoquin gris con corbatón y zapatos negros impecables. Tres, entre ellos el novio, llevan las mismas gafas redondas de concha.

Siguiendo la línea de costa, más abajo, en el club de campo de Pacific Palisades, los empleados del cáterin

montan la tarta: cinco pisos con glaseado en forma de trenzado de cesta, y hiedra y rosas de verdad colgando de un lado. La novia ha escogido un sabor diferente para cada piso: crema, chocolate, especias, *red velvet*. La capa más alta —se guardará en el congelador de los novios para que la tomen el día de su primer aniversario, hasta que una noche en que están fuera, el hermano de la novia, colocado y ajeno a semejantes tradiciones, se la coma entera— es de chocolate blanco con relleno de crema de frambuesa. Los centros de mesa son peceras con hiedra y rosas, idénticas a las de la tarta, y ahora mismo se encuentran en el interior de una furgoneta refrigerada que circula por la autopista de la costa del Pacífico, al norte de Sunset. El conductor está en medio de un atasco provocado por la gente que va a la playa.

Pero hay tiempo de sobra.

El hermano de la novia, de quince años, tiene el cometido de decorar la limusina. *Recién casados*, escribe una y otra vez con pintura de jabón. ¿Cuántas veces es suficiente? Dibuja una campana, pero resulta que parece un sombrero de copa y la borra. Se mete la mano en el bolsillo para palpar las alianzas. Hoy lo han presentado como un hombre por primera vez. *El hermano de Margaret, padrino del enlace*.

La hermana de la novia cursa el último año de instituto y está abrumada por su papel. Las demás damas de honor parecen saber de qué hablar, cómo moverse y comportarse. Ella se pregunta por qué su hermana no le ha pedido a cualquiera de ellas que sea la dama principal. Casi no conoce a su hermana. Cuando se fue de casa se pintaba los labios con brillantina rosa y se decoloraba el pelo, castaño rojizo al natural; ahora no se maquilla

y se ha dejado el pelo oscuro. Habla de becas y sueldos y de mudarse a Princeton, donde en otoño empezará el posgrado. Su prometido —marido— trabajará en Manhattan.

Tendrás que venir a visitarnos, le dijo su hermana. Son viviendas para estudiantes, unos antiguos barracones del ejército reacondicionados y sin grandes lujos, pero tendremos una habitación de sobra.

La madre de la novia tiene cuarenta y cuatro años, el padre, cuarenta y seis; los dos parecen lo bastante jóvenes como para ser los novios. Deleite, orgullo, lágrimas. Su primogénita, graduada *summa cum laude* en tres años, se casa con el primer chico con el que salió en serio. ¡Tan madura para su edad, tan dueña de sí misma! Y ahora, la beca extraordinaria. Será una de las doctoras más jóvenes del país cuando acabe. Experta en algo llamado teoría poscolonial.

¿Y qué va a hacer el marido?, preguntan los invitados.

Trabajar en la ciudad, explican los padres. En una consultoría, una empresa de servicios financieros.

Dentro de la capilla se congregan los invitados al enlace. Frufrú de programas, conversaciones susurradas, el órgano toca a Haendel y a Mozart, *sotto voce*. Los acomodadores —también compañeros de fraternidad— guían por el pasillo a las tres abuelas viudas (dos por parte de la novia, una por la del novio) y a continuación a las madres. La madre del novio usa bastón, y el padrastro va algunos pasos por detrás. Los padres del novio se divorciaron cuando él tenía tres años, y el padre no ha sido invitado a la boda. El novio es hijo único. Huérfano a todos los efectos, le ha dicho a la novia durante años.

Hoy ganará una familia: suegro abogado, suegra directora de escuela secundaria. Dos hermanos, dos abuelas sanas.

Sabe escuchar, le dijo la novia a sus padres. Si vierais cómo se desenvuelve con niños. Si vierais cómo toca la guitarra.

No creas que no me doy cuenta de que con este trato salgo yo ganando, le había dicho él a la novia el día en que se comprometieron.

Yo te gano a ti, respondió ella.

El novio es agnóstico, pero a ella no le importa, en la práctica es mejor cristiano que la mayoría de creyentes que ella conoce; a decir verdad, es una persona —no se le ocurre un adjetivo mejor— *maleable*. Modifica su conducta para satisfacer las necesidades de otros. Su voz adquiere una nota de ternura cuando habla con su madre por teléfono, como si estuviera arropándola para dormir. Su pelo abundante, la forma en que sus labios se separan y la lengua presiona los dientes de abajo antes de hablar... es tan considerado.

Thomas sabe manejar a Margaret, ha dicho la madre de ella a amigos íntimos, a unos pocos parientes. Respetar nuestras creencias. Y sabe encajar... en fin, el temperamento algo voluble de nuestra hija. Cuando Maggie se propone algo no cede, y cuando lo consigue deja de interesarle. Estuvo un año dándome la vara para que le comprara aquel collar de oro repujado... total, para ponérselo dos veces y luego regalarlo.

Los padrinos están alineados, el pastor de frente en el centro. Las damas de honor entran demasiado rápido, pero la niña de las flores —la hija de tres años del primo de la novia— se toma su tiempo. Va cogiendo pétalos de

la cesta, uno por uno, y se acuclilla para depositarlos en la barandilla forrada en tela, como si fueran pegatinas. Nadie le mete prisa, es una preciosidad, saltan flashes de cámaras. Por fin la pausa, el murmullo que se apaga. El silencio se hace incómodo hasta que la madre del novio agarra el bastón y se yergue. Atruenan las notas del órgano y, con gran crujido y bisbiseo, los invitados se levantan y se giran. Solo entonces se percata la madre de la novia de que se le ha olvidado ser la primera en ponerse de pie, lo único que se le había pedido para ese día.

Cuando aparece la novia, el novio se tambalea. Alarga una mano para agarrarse al padrino principal, que no se da cuenta. (Está pensando en las alianzas: ¿es la novia la que pone el anillo primero? ¿O al revés?) El padre sonrío a los asistentes, mira a derecha e izquierda, unos dientes blanquísimos destacan contra su piel lisa y muy bronceada junto al rostro de la novia, borroso tras un velo irisado. ¿Quién entrega a esta mujer? Con la ensayada voz que reserva para los juzgados, el padre pronuncia un ensayado discurso: *Es este un momento de inmenso honor y orgullo en la vida de cualquier padre, pero es un momento de honor y orgullo muy especial para mí y para mi esposa dar hoy en matrimonio a nuestra primogénita ante nuestro Señor y ante tantos testigos.* Levanta el velo y estampa un beso en una mejilla brillante. La novia se vuelve y le ofrece el ramo a su hermana, que hasta ese momento no sabía que sostener las flores durante toda la ceremonia sería responsabilidad suya. No sabe qué hacer con su propio ramo. Junta los dos y los aprieta contra su pecho.

Una homilía breve, los tradicionales votos, el intercam-

bio de alianzas (el hermano las saca de su bolsillo, siente hambre inmediatamente, un hambre voraz, de hecho, se pregunta si en el convite habrá carne de verdad o solo pollo), encender la vela de la unidad, dos llamas que se convierten en una. Sed una sola carne. El novio sorprende a la novia y le canta con un ukelele que le pasa un padrino. Risas, lágrimas, el beso —corto— y el órgano descarga el himno de fin de oficio. La pareja sale, cogida del brazo, saludando a los invitados.

Pero la novia ha olvidado el ramo. La hermana tiene que recorrer el pasillo con él. Al salir de la capilla descubre que se han llevado a los novios para sacarles fotos. Deja el ramo debajo de un escaño de piedra para que esté a buen recaudo, pero en medio del torbellino de abrazos, besos, fotografías y desconcertantes distribuciones en limusinas, las flores se quedan atrás. Una hora después de arrancado el convite, la novia cae en la cuenta del despiste. Le pide a una amiga que vuelva y eche un vistazo, pero para cuando esta llega a la capilla el ramo ya ha desaparecido.

Dentro de los tallos sin espinas de las rosas había un pañuelo de lino de la abuela paterna de la novia, del color de un huevo de petirrojo —algo viejo, algo prestado y algo azul—, con unas iniciales bordadas a mano en hilo blanco: DTH.

¿De quién son esas iniciales, abuelita?, había preguntado ella.

Bah, de un viejo conocido, dijo la abuela.

Veinticinco años más tarde, cuando la abuela muere de una insuficiencia cardiaca congestiva (tres meses con una bombona de oxígeno, «Cómo duele», sus últimas palabras), la nieta de cuarenta y seis años recibirá un

sobre acolchado por correo. Dentro habrá once pañuelos, todos idénticos al que ella perdió el día de su boda, y una carta escrita con la letra cursiva y vacilante de su abuela.

13 de junio de 1993

Mags, tesoro mío:

Acabo de volver de tu boda. ¡Qué maravilla de ceremonia! Y Thomas... lo adoro. Todos lo adoramos. Será un marido estupendo. Tu madre me ha dicho que has perdido el pañuelo. No te apures. Como ves, tengo más. Se llamaba Donald Trent Harper. Lo conocí el verano que pasé en la casa del lago de Ruth. ¿Te acuerdas de la tía Ruth, la de Michigan? Esa que siempre llevaba cordones de gafas con pedrería. Don era entrenador de caballos. Tenía veintisiete años, diez años más que yo. Ese verano nos enamoramos y decidimos casarnos. Cuando volví a Cleveland tuvimos una discusión telefónica. Por una tontería, ya ni me acuerdo. Pero yo me porté muy mal. Lo insulté y le colgué. El orgullo me impedía llamarlo y pedirle perdón; yo quería que diera él el primer paso. Esperé un año, pero no llamó. Me casé con el abuelo Jack para hacerle daño a Don, y Jack murió muy joven, pero yo no volví a casarme. Y no porque no pudiera querer a nadie como quise a Jack, que es lo que siempre le he dicho a tu padre, sino porque esperaba que Donald y yo volviéramos a encontrarnos algún día. Naturalmente, eso no sucedió.

En fin, tesoro mío, ahora ya lo sabes. Bordé un

pañuelo al mes durante el año que estuve esperando que sonara el teléfono. Me gustaría mucho que te los quedaras tú. Quizá te sirvan para recordar que debes ser siempre la primera en llamar.

Te quiere,
tu abuelita

P. D. Confío en que no le contarás nada de esto a tu padre. No tiene nada de malo que crea que solo quise a tu abuelo. Porque, a mi manera, lo quise.